

El primer año de Elías Antonio Saca

El 1 de junio de 2005, el presidente Elías Antonio Saca cumplió su primer año al frente del poder ejecutivo. Si cuando pronunció su discurso de toma de posesión y cuando, posteriormente, anunció su plan social, fue necesaria la prudencia en los juicios, ahora es necesario echar una mirada menos condescendiente con el mandatario. Aunque un año es insuficiente para dar cuenta de resultados sustantivos, en los grandes temas que preocupan a la sociedad salvadoreña — como la pobreza, el desempleo, la inseguridad o el deterioro de los recursos naturales —, no lo es en cuanto a la definición de las líneas maestras de conducción gubernamental, en lo que resta de mandato presidencial. Desde este punto de vista, el año transcurrido es más que suficiente para enjuiciar no solo el estilo de gobierno de Saca, sino también para abordar un asunto medular: los límites estructurales de su gestión.

El primer año del presidente Saca al frente del poder ejecutivo ha sido fuertemente mediático. El presidente ha sido, en este sentido, un actor, lo cual ha hecho de la promoción de su imagen — fraguada con hábiles maniobras publicitarias — uno de sus quehaceres principales suyos y de su equipo de trabajo: muchas apariciones en los medios, muchas entrevistas, muchas fotografías, muchas sonrisas... Prácticamente, todo fue arreglado — o aprovechado — para que Saca luciera su mejor ángulo ante las cámaras.

Los grandes medios — ciertamente, unos más que otros — se prestaron a este juego de imágenes y de *marketing*. El presidente, por supuesto, estuvo en lo suyo, haciendo lo que mejor sabe hacer: posar, sonreír de forma amigable y decir lo que todos querían escuchar. A juzgar por las simpatías que sus-

cita en amplios sectores de la población, su desempeño en los medios ha sido muy exitoso. Se trata de un éxito fácil e insustancial. Fácil, porque el presidente ha contado con la aquiescencia de los medios para promocionarse, es decir, no ha tenido que batallar para hacerse de un espacio en ellos. Saca, en la práctica, ha obtenido todo lo que ha querido de las grandes empresas mediáticas, a cambio no se sabe de qué favores o negocios. Insustancial, porque es nada lo que queda de las imágenes y de los eslóganes, de las sonrisas, las promesas y los apretones de manos para las cámaras. Todo eso se evapora; lo que queda es la realidad, tal como existía antes de las imágenes, las sonrisas, las promesas y los apretones de manos.

Ahora bien, no todo ha sido simpatía, sonrisas y amabilidad presidencial, en este primer año de gobierno. Su faceta populista ha sido ensombrecida por una cara autoritaria que, a veces, ha recordado los peores y más característicos momentos del ex presidente Francisco Flores. En este sentido, el estilo de gobierno de Saca es una peligrosa combinación de populismo y autoritarismo que, de persistir y consolidarse, en los siguientes cuatro años, se convertirá en un obstáculo más para la profundización de la democracia en El Salvador. Es claro que ese populismo y ese autoritarismo han sido hábilmente maquillados para un público ávido de anuncios, que le hagan sentir que lo mejor está por llegar y que la felicidad le aguarda después del siguiente mensaje publicitario. Saca, sus asesores de imagen y sus amigos de los grandes medios se las han arreglado para que ese populismo y ese autoritarismo sean vendidos a la población como algo "bonito", como lo mejor que puede ofrecerle a un país que "vale la pena" "un gobierno con sentido humano".

A pocos les resultará extraño que se califique a Saca de autoritario. Sin embargo, que se lo califique de populista quizás no sea tan fácil de asimilar, sobre todo porque es, en la actualidad, la figura más importante de un partido desde el cual, sin contemplaciones, se ha atacado al FMLN —el principal rival político de ARENA— de abanderar propuestas populistas. Pero, por curioso que parezca, a Saca no le es ajeno el populismo. Y es que el presidente es populista no solo cuando se muestra como un amigo de todos, sonriente, simpático y amable, sino cuando, apelando a un discurso grandilocuente, que dice buscar la justicia social y una convivencia social sin conflictos, abandera un proyecto de combate a la pobreza, a partir de la ayuda económica del Estado a familias en condiciones de precariedad extrema. El populismo latinoamericano clásico —una de cuyas mejores expresiones fue el peronismo argentino— estableció las grandes líneas maestras por donde habrían de caminar populismos más recientes y de menor envergadura como el de Saca.

Solo como ilustración, citamos diez de las “veinte verdades del movimiento peronista”, tal como fueron formuladas por el líder del movimiento, Juan Domingo Perón.

1. Los dos brazos del peronismo son la justicia social y la ayuda social. Con ellos damos al pueblo un abrazo de justicia y amor.
2. El peronismo anhela la unidad nacional y no la lucha. Desea héroes, pero no mártires.
3. En la Nueva Argentina los únicos privilegiados son los niños.
4. Un gobierno sin doctrina es un cuerpo sin alma. Por eso, el peronismo tiene su propia doctrina política, económica y social: el Justicialismo.
5. El Justicialismo es una nueva filosofía de la vida, simple, práctica, popular, profundamente cristiana y profundamente humanista.
6. Como doctrina política, el Justicialismo realiza el equilibrio del derecho del individuo con el de la comunidad.
7. Como doctrina económica, el Justicialismo realiza la economía social poniendo el capital al servicio de la economía y ésta al servicio del bienestar social.

8. Como doctrina social, el Justicialismo realiza la justicia social, que da a cada persona su derecho en función social.
9. Queremos una Argentina socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana.
10. Constituimos un gobierno centralizado, un Estado organizado y un Pueblo libre.

Claro está, el presidente Saca no ha elaborado un listado de las “verdades” de su gobierno, a la manera de Perón. Con todo, en sus discursos y en la propaganda gubernamental salen a relucir tópicos —cambiando algunas cosas, por ejemplo, Argentina por El Salvador y justicialismo por neoliberalismo—, los cuales poseen un aire de familia con el ideario populista, tal como aparece en las verdades del peronismo. El presidente Saca ha ofrecido ayuda a quienes más lo necesitan, ha dicho que quiere consenso, no el conflicto, se ha comprometido a hacer de lo social la prioridad de su gobierno, poniendo la economía al servicio de la gente, ha defendido la libertad económica, y ha centralizado importantes decisiones en sus manos.

Si, como dijimos antes, se cambia la palabra “justicialismo” por “neoliberalismo”, las cuentas salen cabales. El populismo de Saca es un populismo neoliberal; el neoliberalismo que inspira a su gobierno garantizará los equilibrios necesarios entre el individuo y la sociedad, la economía de mercado y la justicia, la libertad empresarial y la igualdad para todos. Dicho a la manera de Perón, pero en el sentido de Saca, el neoliberalismo realizará “la economía social poniendo el capital al servicio de la economía y ésta al servicio del bienestar social”.

Saca ha hecho su oferta populista con un gran despliegue publicitario, sonrisas permanentes y una amabilidad a flor de piel. Sobra decir que ni la amabilidad es mala ni tampoco lo es ofrecer ayuda directa e inmediata a quienes más lo necesitan. No obstante, ni ser simpático hace de un presidente un mejor gobernante ni dar ayuda económica a los más pobres resuelve, en el largo plazo, el problema de la pobreza. Asimismo, el populismo es un modo de ejercer el poder, que consiste en crear vínculos y lealtades políticas, por la vía del otorgamiento de ayudas, subsidios o prebendas a determinados sectores de la sociedad. Esta es la otra

cara del populismo: la subordinación y la dependencia de los sectores populares, beneficiados con los programas de ayuda social y económica del Estado, «quienes controlan el poder.

Esa subordinación y esa dependencia —que se traducirán, cuando sea oportuno, en respaldo político directo— son el precio a pagar por los beneficios recibidos “desde arriba”, sin importar las expresiones grandilocuentes —como “justicia para todos”, “dignidad humana”, “solidaridad con los desposeídos”, etc.— y ni la amabilidad que acompaña las ayudas, los subsidios y la asistencia, otorgados “gratuitamente” por el Estado. En un esquema populista, nada es gratis; quienes están en el poder quieren algo a cambio de lo otorgado: respaldo popular para mantenerse en él.

En fin, el presidente Saca goza de un encanto populista que, sin dar pie a grandes movilizaciones de masas —como fue el caso de los populismos tradicionales— ha seducido a una parte significativa de los salvadoreños, la cual puso sus esperanzas en él y que cree que, en el primer año de gestión, el presidente ha hecho cosas que la favorecen. Empero, el populismo —es decir, el lado amable del presidente— no lo es todo, pues ha sido acompañado por un claro componente autoritario, tal como ha sido usual en otros casos de populismo. Cabe hacer notar aquí la excesiva centralidad de la figura del presidente. Al igual que en la época de Flores, todo parece girar en torno a las decisiones y la persona de Saca, como si él fuera el amo y señor de los destinos del país. Esta forma de ver las cosas, por otro lado, se ha traducido en decisiones gubernamentales inconsultas —como la reforma fiscal, la promoción de la candidatura de Flores a la secretaría general de la Organización de Estados Americanos o la permanencia de tropas salvadoreñas en Irak—, cuyas consecuencias tienen un amplio alcance social y político.

Es difícil ser populista sin ser prepotente y sin desempeñar un papel protagónico en el escenario político. Así fue Juan Domingo Perón, y su mujer Evita, y, en la actualidad, así es el presidente venezolano Hugo Chávez, quizás el ejemplo extremo. Flores, más cerca de nosotros, fue prepotente y nada populista, esto último, porque no era simpático ni tampoco se le cruzó por la cabeza que a los po-



bres del país había que ofrecerles comida, en lugar de sabiduría oriental mal digerida. Si no fuera por su prepotencia y por lo mal que administró el país, Flores sería digno de lástima, sobre todo después de su fracaso como candidato para ocupar la secretaría general de la Organización de Estados Americanos. Saca, salvando las distancias, está más cerca de Chávez que de su predecesor Flores. La prepotencia de este último es un mal recuerdo, cada vez más opacado por la simpatía mediática de Saca, así como el proclamado compromiso de este último con los salvadoreños más pobres. Flores difícilmente hubiera podido ser una figura populista. En otra época, quizás hubiera sido un dictador como otros que tuvo El Salvador y que ahora nadie recuerda, pero no más. En algunos momentos de su presidencia pareció un dictadorzuelo, con lo cual se distanció de la gente y, lo que fue peor, cayó en desgracia con su partido.

Visto el primer año de Saca a contraluz de lo mal que lo hizo Flores, el presidente sale bien librado y si su primer año de gestión se juzgara por la forma como ha combinado populismo y autoritarismo —logrando que éste apenas se note—, no habría más que pedirle. La cuestión es que al gobierno de Saca hay que pedirle más que eso y, en ese sentido, hay que juzgarlo por otras cosas. Por ejemplo, hay que juzgarlo por el cumplimiento (o incumplimiento) de su compromiso para hacer de lo social la prioridad más importante de la gestión. Y, desde esta perspectiva, la situación no pinta muy bien. Porque, hasta ahora, ese compromiso no ha sido apuntalado por políticas públicas de peso, es decir, por políticas estatales, encaminadas a hacer de lo social el centro de las preocupaciones del gobierno. Una cosa es ofrecer desde éste, como

dáviva, beneficios y ayuda a los sectores más desprotegidos de la sociedad, y otra muy distinta diseñar un conjunto de políticas estatales que trasciendan la buena voluntad de quienes detentan el poder y que esas políticas se conviertan en ejes de acción institucional, reconocidas y respetadas por todos, en especial por los más ricos del país.

Esto debería conducir a una revisión (y redefinición) del papel del Estado en la economía, así como de las relaciones del Estado con los empresarios y la sociedad. Ofrecer ayudas y beneficios a determinados grupos sociales genera, si se hace bien, réditos políticos, en el corto plazo, pero no resuelve el problema del desempleo estructural, los bajos salarios, la pobreza y la exclusión. Hay que ir más allá del populismo; hay que buscar el bienestar social, pero no como dáviva ofrecida por la buena voluntad de quienes tienen el poder, sino como un derecho inalienable de quienes, con empleos dignos y bien remunerados, contribuyen al desarrollo del país.

Hay que hacer de lo social lo prioritario, pero eso supone hacerse cargo de las grandes falencias del modelo económico vigente. Este modelo no puede ser considerado intocable, como si todo lo demás debiera girar en torno a él, cambiando y adaptándose, según sus conveniencias. Con el modelo agroexportador, a las mayorías no les fue bien, pero había alguna esperanza de que, con algunas reformas, la situación podía mejorar; el modelo terciario posee una lógica que no deja esperanzas para una vida mejor dentro del país a amplios sectores sociales, expulsados sistemáticamente hacia el exterior.

El presidente Saca se comprometió a romper con esta lógica. En distintos momentos ha dicho que lo social es la prioridad de su gobierno. Su plan social tenía como finalidad mostrar a la sociedad la firmeza de sus intenciones. Sin embargo, por más publicidad que se haya dado al plan social, así como a las ayudas que el gobierno se propone dar a los sectores sociales más pobres, en este primer año, la prioridad de Saca fue lo económico. Más concreto aún, lo prioritario siguieron siendo los intereses de un segmento del gran empresariado transnacional, cuyos negocios, inversiones y fusiones bancarias aumentaron a la sombra del gobierno de Saca.

Este ha dado señales inequívocas de querer sacar algo de este sector para trasladarlo a la sociedad; pero ese algo que quiere obtener es insuficiente, pues la reforma tributaria, impulsada para tal fin, apenas roza esos intereses, además de descansar sobre unos sectores medios cada vez más frustrados y endeudados. Lo social nunca va a ser prioridad, mientras el gobierno de Saca crea que la "responsabilidad social empresarial" es suficiente para hacer frente a los graves problemas de inequidad, exclusión y pobreza, generados por un modelo económico del cual los principales beneficiarios son los empresarios, que proclaman a los cuatro vientos su preocupación social. A lo sumo, lo social será complemento obligado, siempre propenso a convertirse en algo prescindible, de una lógica económica que los gobiernos de ARENA, incluido el de Saca, consideran inamovible.

LUIS ARMANDO GONZÁLEZ
Director del CIDAI